

FRANCISCO ALVAREZ GONZÁLEZ

ACTUALIDAD ONTOLOGICA¹

LA APARICION de un libro "serio" de filosofía es como un aldabonazo, un remezón, en la conciencia de quienes, preocupados de aquélla, nos desazonamos pulsando el escaso rigor e interés de las publicaciones al uso. Diríamos que hay una extraña y misteriosa ley en cuya virtud los hechos importantes de la historia tienden a producirse agrupándose en muy estrechos límites del tiempo. Entre esas épocas, dilátanse a veces extensos períodos de atonía espiritual, de relajación de la actividad creadora; épocas que viven, a lo más, del comentario o de comentar las consecuencias implícitas en los logrados frutos del brillante período anterior. Como las montañas de la depresión de los valles, así la historia necesita de esa alternación de épocas luminosas y oscuras, fecundas en productividad cultural o, por el contrario, estériles.

El primer tercio aproximadamente de este siglo ha sido quizás uno de esos cortos intervalos en que geniales manifestaciones del poder creador humano se han dado cita. Tómese, como ejemplo, la física: teoría de los *quanta*, teoría de la relatividad, hipótesis sobre la estructura del átomo, radiactividad, mecánicas ondulatoria y cuántica, física nuclear; y, junto a todo ello, los nombres de los protagonistas de esta revolución en la física: Planck, Einstein, Rutherford, los Curie, Niels Bohr, De Broglie, Schrödinger, Heisenberg, Dirac, Fermi, Yukawa, etc. O piénsese en la filosofía: Fenomenología, filosofía de la vida, filosofía de los valores, existencialismo, etc.; y unos cuantos, venerables nombres, como los de Husserl, Bergson, Max Scheler, Dilthey, Hartmann, Heidegger, Whitehead, Ortega, Sartre, etc. La mayor parte de la obra creadora de estos pensadores, así como la paralela labor científico-teórica de aquellos físicos, realizóse en los límites de tiempo que hace un momento señalamos. El desarrollo tecnológico extraordinario de los dos últimos decenios —la era atómica— es el fruto práctico de aquel puro saber, de índole fisicomatemática. Por lo que a la producción filosófica toca, dado que aquí las consecuencias técnicas no existen, llevamos muchos años

¹Acotaciones a la *Ontología*, de Augusto Pescador. Editorial Losada, Buenos Aires, 1967.

de vivir la ausencia de producciones de gran estilo. En su lugar, un abundante acervo de publicaciones para satisfacer el innegable apetito filosófico de las gentes. Mas lo común, es alguna de estas cosas:

La obra erudita, que se adentra por cualquier recoveco olvidado de la historia del pensamiento filosófico, cuanto más oscuro y olvidado mejor, y que trata de salvar el magro vuelo de impulso filosófico o de poder recreador de algún momento histórico, con el aparato monumental de las fechas, la bibliografía, las citas, etc.

Abundan también los estudios en torno a un pensador o a una doctrina, cuya pretensión no va más allá de poner *en claro* o exponer inteligiblemente el respectivo tema. Echamos de menos muchas veces un directo adentrarse, en dimensiones de profundidad, en la obra del autor estudiado y, en su lugar, siempre a modo de compensación, las notas abundantes al pie de las páginas, si de referencias a obras escritas en idiomas extraños tanto mejor. Aunque tengamos fe en la autenticidad de la agotadora bibliografía, justo por ello, nos viene siempre a la mente la trivial reflexión de la desproporción entre el esfuerzo que supone aquella información y los parvos frutos de la obra. Nos lo explicamos, empero, meditando que el tiempo empleado en la lectura de tanto libro fue la causa de que el autor apenas tuviera oportunidad de pensar.

Viene después una también copiosa fronda de publicaciones científico-filosóficas, en que los autores deambulan por los senderos fronterizos a la ciencia y a la filosofía. Con las pretensiones de terminar de una vez con las *vaguedades* del saber metafísico, contando con el auxilio de ciertas técnicas instrumentales de índole científica, una vez más en la historia parecen indicarnos cuál es la vía a seguir para adentrarnos por el "camino seguro del saber". Y esto es lo malo: que todo aquel caparazón instrumental resuena a hueco y echamos de menos no hubiese sido empleado en hacer un poco, aunque no sea más, de ciencia de verdad; puesto que, de filosofía, rara vez encontramos una reflexión o un pensamiento que merezcan la pena de tenerse en cuenta. Aquí de nuevo las pretensiones exceden con mucho a los resultados mezquinos. Es el peligro del frívolo corretear por los terrenos fronterizos: no hacer de verdad ni una cosa ni otra, ni ciencia, ni filosofía.

Y sin intenciones de agotar los posibles "géneros" filosóficos, habría que añadir no obstante las publicaciones de quienes no hacen alarde de nada, de erudición, de citas, de fuentes, de autores extranjeros, de bibliografía, de instrumental científico, por la sencilla razón de que les sobra con la confianza que poseen en el propio poder creador, y pueden, por ende, prescindir llana y simplemente de ello, como de cualquier información o lectura. El riesgo es que, en el mejor de los casos, descubran lo descubierto o refuten lo refutado largos siglos ha.

Sólo teniendo en cuenta lo anterior se explica que comenzase esta nota hablando del remezón que en la conciencia se produce cuando de vez en vez tropieza uno con algún libro *serio* sobre filosofía. Es el caso de la *Ontología* de Augusto Pescador, recientemente publicada. Adviértase el cali-

ficativo que por dos veces he empleado para designar el libro de Pescador: serio. Como en el trato con los seres humanos, el primer contacto frontal con un libro produce en nosotros siempre un determinado sentimiento, que perdurará o, por el contrario, iremos rectificando poco a poco a medida que vayamos calando más hondo como resultado de nuevas experiencias. Mas, por regla general, esa impresión primeriza tiene un valor y una verdad, con independencia de las añadidas estimaciones futuras; sirve para catalogar el libro o la persona dentro de ciertos vagos marcos que posibilitan mi comportamiento con ellos. Por eso es que *serio*, aplicado a un libro filosófico, no dice, en primera instancia, nada acerca de la *verdad* del mismo, de la bondad o profundidad de la doctrina. Toda afirmación es negación, decía Spinoza. En el caso presente, *serio* todavía apenas tiene un contenido positivo; es más bien la espontánea impresión de lo que el libro *no es*: a saber, ninguno de los *géneros* de que he hecho mención más arriba. Ni pretensión de cientifismo, ni alardes de erudición, ni fácil repaso por la historia de la filosofía a la hora de hacer frente a un problema, ni abuso de abultadas notas al pie de las páginas, etc. Por eso, porque el libro se nos ofrece honrado, sin disfraces, sin oropel u hojarasca formal, sin aspavientos o pretensiones de aparentar algo, es que lo calificué de *serio*, como el humano prójimo que se nos acerca franco, sin nimbar con estudiados gestos la pura realidad de su ser.

Claro que el libro tiene pretensiones; aquellas que el autor tuvo en la mente al escribirlo y que nada tienen que ver con la impresión provisional a que me he referido más arriba. Por lo pronto, el autor proyectó —y lo llevó a cabo— escribir un libro de ontología. Estimo que la intención merece subrayarse; porque el afán destaca que el autor ha tenido la suficiente audacia de afrontar no *un* tema, sino *el* tema que por más de dos milenios ha mantenido en vilo el impulso de todo verdadero filosofar. Si algún problema filosófico nos compromete es éste, el de decir sobre lo que Aristóteles calificó del *ente en cuanto tal*; bajo tan al parecer trivial cuestión definimos, sin embargo, lo que pensamos del mundo y, por ende, de ese ser en el mundo que somos nosotros mismos. De ahí el serio compromiso que el decir intelectual ontológico supone. Y en nada empequeñece el coraje de este menester teórico el hecho de que el autor haya encontrado generalizada una análoga preocupación en el ámbito filosófico de nuestro tiempo. Ello explica que las fuentes de que se nutre el pensamiento vivo de Augusto Pescador sean de preferencia modernas y que el lector atento y medianamente enterado rastree la influencia de Scheler, de Husserl, de Hartmann, de Heidegger, de Ortega, etc., autores los más expresamente citados a lo largo del libro.

A mi parecer el libro es fruto de una especie de contradicción, no en ninguna doctrina, sino en el autor mismo. El lector, por poco perspicaz que sea, se da cuenta de que se halla ante un pensamiento maduro, en que las ricas y variadas lecturas han ido decantándose poco a poco, al ritmo del tiempo y de las meditaciones personales; que el autor en suma, cualesquiera que sean las fuentes e influencias, se halla en posesión de una doc-

trina propia; que el libro, por tanto, ha tardado su buen tiempo en gestarse. Mas, por otro lado, la materialización formal del saber ontológico contenido en doscientas páginas del volumen parece haberse realizado demasiado de prisa. Tenemos la impresión de que el autor tenía *cuerda* para mucho más, sin necesidad de recurrir a las *apariencias* que criticábamos en tanto libro lleno de pretensiones. La razón de ser quizás de todo ello se encuentra en cierto deseo de escribir un libro para la enseñanza. En verdad, el libro nos ofrece una información al día del planteamiento más actual de los problemas ontológicos, en lenguaje llano y sencillo: ciertas generalidades sobre el ser, las categorías ónticas, el ser real y sus diversas capas o estratos, el ser ideal y las diversas teorías sobre el mismo, las relaciones entre lo real y lo ideal, el modo de ser óntico del valor, las correspondientes categorías del valor, el ente metafísico y su problemática, etc. Quien, pues, desee informarse de la temática ontológica al nivel de las más actuales posturas ideológicas poseerá, en el manual de Augusto Pescador, un claro y bien informado instrumento de aprendizaje.

Mas el libro, bajo la apariencia de texto didáctico, encierra mucho más, que por algo decíamos notábamos en él el fruto de una larga y pausada meditación personal; en otras palabras, que el libro tiene su original doctrina. Lo observamos sobre todo en la tercera parte, titulada el "modo de ser del valor". Después de algunas generalidades sobre el valor, el autor pasa a exponer las diversas teorías que sobre el mismo se han aventurado a lanzar los filósofos desde el momento en que, por vez primera, tuvo como el palpito de que allá estaba un campo inexplorado, quizás susceptible de brindar ricas cosechas. Como se sabe, el *descubrimiento* del valor es una hazaña intelectual del siglo XIX, aunque, como en tantas otras cosas, ya Kant atisbara su existencia en el siglo anterior. Tan cerca, en efecto, Kant estuvo de tropezar con el ser del valor que en las primeras páginas de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* reiteradamente emplea esa palabra a la hora de abordar el problema de lo bueno sin restricción. Pues bien, repetimos, el autor expone las teorías diversas, objetivistas y subjetivistas, para pasar de inmediato a la crítica de las mismas. Y concluida esa tarea, desbrozado como quien dice el camino, replantea el problema del valor y ensaya elaborar una doctrina propia. Que, en síntesis —pues no se puede en esta breve nota dar una idea cabal de algo que, por la propia naturaleza del tema, requeriría un tratamiento por extenso—, consiste en quebrar el dualismo, corriente en la filosofía contemporánea, entre ser real y ser ideal. Real e irreal imposibilitan la existencia de un tercero entre ambos; pero real e ideal, no. Junta a ambas maneras de ser, piensa Pescador, cabe justo la posibilidad del ser posible. Imposible es lo contradictorio idealmente o aquello que *no es* —el ser *en potencia* de Aristóteles—, pero *será* mañana por obra de la infinita conexión de las causas con absoluta necesidad. Posible, para él, es sólo aquello que está como aureolado de cierta indeterminación e indiferencia; o, en otras palabras, que su advenir a la existencia es obra de un libre acto creador de la persona humana. El ser posible, así entendido y definido, constituye un tipo de ser

junto al real y al ideal. Pues bien, fijándose el autor en el carácter de *deber ser* constitutivo de los valores, de que sólo cabe hablar de un *deber ser aplicado* a algo que no es, pero que debiera ser, concluye que los valores nada tienen que ver con lo real o lo ideal, los cuales, en tanto *son ya*, no deben de ser y, por ende, carecen de ese carácter imperativo esencial a los valores. Sólo cabe, pues, identificar el valor y el ser posible.

Y ya que hablamos de valores aprovechemos para hacer una última observación: de la misma manera que un bien, esto es, un valor realizado, por su inclusión en la realidad, dista mucho inevitablemente de la Idea, en el sentido platónico o kantiano del término, así también un libro, que es un bien en el cual se encuentra encarnado un valor, está siempre a mayor o menor latitud del ecuador ideal de referencia para el que juzga. O, en otras palabras, que el abismo entre lo real y lo ideal regulativo posibilita y hace fácil la ingrata o jugosa tarea de la crítica. Es siempre más fácil juzgar algo que hacerlo. Al hilo de este breve comentario he ido sobreentendiendo algunas de las excelencias o méritos de esta obra. Ni qué decir tiene que eso no implica que esté de acuerdo en todo. Pero ejercer la crítica, en su sentido negativo, sobre todo cuando se trata de una producción filosófica, exige, para ser honrada, dos cosas: primero, que, con independencia de la verdad total o parcial, se ponga a salvo el valor global de la obra como una muestra o producción del espíritu humano. Prestemos o no nuestro asentimiento a muchos de los grandes sistemas surgidos en la historia del pensamiento filosófico, eterna admiración suscitarán en las gentes construcciones como las de Platón, Santo Tomás, Spinoza, Kant o Hegel. Adoptando una actitud más estética que teórica, las juzgamos no por el *quantum* de verdad que ellas encierran, sino por la belleza que encarnan como imponentes edificios levantados por el espíritu.

En segundo lugar, que toda crítica debe de ser completa, global, como el juicio estimativo sobre un cuadro no puede estar hecho a base de fijar la atención en el acierto o descuido de algunas pinceladas. Pues bien, esta *Ontología* de Augusto Pescador, que bajo su aspecto de manual didáctico tanto saber y mérito encierra, es sólo parte de un todo más completo. Nos consta que el autor se encuentra trabajando sobre el arduo problema de las modalidades del ser. Habría que esperar, pues, la publicación de esta parte esencial de la ontología para, sobre más amplia experiencia, poder emitir un juicio sobre la verdad o falsedad de tal o cual posición o teoría.

Incompleta, tal como está, aparte de otras excelencias, la *Ontología* de Augusto Pescador, tiene el mérito de ser una de las pocas ontologías no escolásticas escritas en lengua castellana.